

ESCUCHA CON LOS OJOS BIEN ABIERTOS,  
¡OH! ALMA<sup>1</sup> AFORTUNADA,  
EL CANTO DE DOS TIPOS DIVERTIDOS

LISTEN WITH WIDE OPEN EYES, OH LUCKY  
SOUL, THE SONG OF TWO FUNNY GUYS

ALFONSO GARCÍA VILAPLANA  
alfgarvil@gmail.com  
Ambit Associació

RESUMEN

La literatura y el cine proyectan miradas emocionadas sobre los sujetos de las narraciones que cuentan. El artículo parte de una observación sorprendente: que los trabajadores sociales hayamos ido desplazando el valor de esa oportunidad única que representa el encuentro con el otro por instrumentos jerarquizados y protocolizados que generan rigidez y dificultan la relación. Una de las ausencias fundamentales consiste en no ser capaces de emocionarnos con las historias que los sujetos nos narran a diario cuando en realidad somos profundamente afortunados al poder escuchar y ayudar a construir de forma consistente todos esos relatos. El texto es el desarrollo de esta idea con la esperanza de que recuperemos la conmoción que nos aturde levemente tras caer a la lona, obligándonos a levantarnos dispuestos a ensayar estrategias distintas, a proponer y comprometernos con soluciones nuevas frente a las dificultades de los usuarios de servicios sociales para asumir su propia vida.

ABSTRACT

The gaze that films and literature cast on the subjects of their narratives is a gaze full of feeling. Surprisingly, social workers have chosen to neglect the possibility of being emotionally involved with the subjects of their encounters as they use standardised assessment tools that dehumanise their relationships. As social workers, one of our greatest failures is our inability to get excited/emotionally involved with the stories our subjects share with us every day, given that in fact, we are

<sup>1</sup> Aliena, R. (2005) *Descenso a Periferia. Asistencia y condición humana en el territorio de lo social*, Nau Llibres i Publicacions de la Universitat de València, Valencia. Esta obra de autor es el marco que encierra la mirada más comprometida, profunda y cariñosa posible al evaluar la red pública de servicios sociales que he leído. El título del artículo es un juego de palabras, un guiño, una contestación agradecida a otro liberal sabio y provocador, un grito ilusionado a la bondad de contar en la Universidad de València con este sereno profesor, al alcance de todos, que medita desde otra disciplina pero nos ayuda a reflexionar sobre las dificultades de trabajar en lo social, como quien no quiere la cosa, con la perspectiva que da una distancia de tres siglos en el tiempo. Un hombre que además nos permite imaginar lo que deben ser las grandes instituciones del pensamiento europeo. Una persona que define a los trabajadores sociales como “pobres almas” (*ibid*: 169-171) que infunden un enorme respeto pues incapaces de conciliar los valores de la marginalidad con los de la normalidad no se convierten en cínicos desesperanzados ni confían ingenuamente en que el algoritmo a más recursos mejores resultados supere la sabiduría, humanidad y bondad del gordo en La Casa de Dios.

very lucky be able to hear these tales and to try to help their characters rewrite them in a more liveable way. This essay tries to clarify this idea, and also to revive in us the dazed state that we experience on being punched to the ground [by the experiences of others], thus forcing us as we rise, to propose different strategies, to commit ourselves to new solutions, in our support to the users of social services as they face the challenges that determine the direction of their lives.

PALABRAS CLAVE: Emoción, Trabajo social, Relatos, Soluciones nuevas

KEYWORDS: Emotion, social work, Tales, New solutions

“Estamos navegando en aguas muy extrañas, donde todas las consideraciones de salud, enfermedad, normalidad y dolencia son intercambiables y pueden operar al revés. (...)

Se trata de mirar hacia lo humano y no hacia lo inhumano” Oliver Sacks

Whisky, Elling, Dulces dieciséis, Rompiendo la olas, Los lunes al sol, Dersu Urzala, El Bola, Mar adentro, Hoy comienza todo, Ser o tener, Una historia verdadera, Bird .... Sefarard, Chevengur, La trilogía de la frontera, El caballero y la muerte, Moby Dick, El libro sobre mi madre, Desgracia, Un antropólogo en Marte, Morfina,... y así cada lector, cada espectador podría completar su propia lista interminable cuyo único criterio de admisión sería provocar una mirada emocionada sobre una historia profundamente humana. Todavía sigue sorprendiéndome que los trabajadores sociales hayamos ido desplazando el valor de esa oportunidad única que representa el encuentro con el otro por instrumentos jerarquizados y protocolizados que generan rigidez, dificultando la relación. ¡Cuánto hemos perdido por el camino! Una de las ausencias fundamentales consiste en no ser capaces de emocionarnos con las historias que los sujetos nos narran a diario, cotidianamente. Y sin embargo sigo sintiendo que somos profundamente afortunados al poder escuchar y ayudar a construir de forma consistente todos esos relatos, disfrutando de ese raro privilegio. Con el fin de prolongarlo voy a contaros dos historias, dos fragmentos de vida que se entrecruzan, dos relatos que tienen cosas en común y muchas otras que los separan, dos estrategias para enfrentarse al mundo, dos formas de intervención, dos vidas vislumbradas, a veces apariciones fugaces, otras, detenidas durante meses siempre en la frontera entre la exclusión y la vulnerabilidad. Dos intentos de realizar un trabajo de acompañamiento social, interiorizado como un trabajo de relación personal, duradero, de comprensión de las personas para contribuir a que ellas mismas entiendan y empiecen a dominar su situación y las claves de sus dificultades, de apoyo para activar y movilizar recursos, capacidades y potencialidades. Dos intervenciones flexibles, con criterios de oportunidad, respetuosas con el aliento vital de cada una de esas personas en un momento determinado, respetuosas con su deseo. Relaciones técnicas y sin embargo empáticas. Relaciones profesionales y a la vez humanas. Relaciones de igualdad y al tiempo asimétricas. He visto dos personas con vidas ricas, independientemente de los resultados aparentes de la intervención<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> FOMBUENA J.(2003) “Trabajo social polivalente”, no publicado, pp. 70-90. Presentación del curso de post-grado organizado por el Departamento de Trabajo social y Servicios Sociales de la Universidad de Valencia. Curso no-nato del que surgió un seminario perturbador en su más noble acepción y de cuyo aliento este relato será siempre deudor. La mayor parte de las ideas que aparecen diseminadas alrededor del artículo son de esta

Pepe y Dani, Dani y Pepe los conocimos en el hospital penitenciario, hace unos cuatro años: A Pepe al principio de intervenir con personas con diagnóstico de enfermedad mental que estaban cumpliendo condena en el ala de psiquiatría del hospital penitenciario de Picassent. Las primeras noticias nos llegaron a través de Julia, trabajadora social del centro que nos comenta el caso, nos habla de la situación familiar, nos da noticias de la condena que está cumpliendo, las posibilidades que existen de que empiece a disfrutar de permiso, cómo se desenvuelve Pepe en la institución,...

En ese momento el equipo que visitaba a la gente en el hospital estaba compuesto por dos psicólogos y una trabajadora social. Allí conocieron a Pepe, “Grandullón” lo bautizaría muchos meses después Ali, un etíope que se instaló con nosotros tras cumplir una condena de prisión. Bueno, alguien con un apodo así debe ser desmesurado en todos los sentidos y *Pepito* (que así lo llamaba Pau) lo era. La ansiedad del encierro, la inactividad, una vida sedentaria sin otro horizonte que la repetición monótona de uno y otro día con conversaciones similares y batallas de los tiempos heroicos en la calle, llevaron a Pepe a comer compulsivamente, en esos dos años había doblado su peso, rompiendo los límites de su propio cuerpo. Siempre hay un mecanismo psicológico que nos protege y Pepe justificaba su tamaño en su enorme fuerza. “Soy un hombre poderoso” repetía con frecuencia. En ocasiones, abría las manos y enseñándolas nos decía, “estas son armas mortales, un abrazo mío puede destrozarse a una persona”. Era una exageración desde luego, pero de alguna forma había ido construyendo su identidad en el hospital sobre ese mito y sus compañeros lo respetaban, atribuyéndole una fuerza prodigiosa. Utilizaba esa capacidad intimidatoria con personas próximas y muchas veces tenía éxito, con lo que reforzaba esa fantasía, retroalimentándola.

La curiosidad por otras vidas hacía que nos interesáramos por este personaje, cómo había ido construyendo su personalidad, cómo era su familia, qué personas había cerca de él, cómo fue su infancia y adolescencia y finalmente qué le había llevado a la cárcel. Con el tiempo fuimos reconstruyendo su historia que empieza mucho antes pero de la que sólo tiene noticias a partir de su adopción cuando tenía dos años de edad. A los seis meses falleció su padre adoptivo y su madre se hizo cargo de la educación del menor. El rol de padre lo adquirió un hermano de su madre. La madre tuvo dificultades para poner límites claros durante la infancia de Pepe. Los problemas se acrecentaron durante la adolescencia, periodo en el que inicia su relación con las drogas. Se trata de una familia aglutinada<sup>3</sup> con una madre protectora que cuida de su miembro más frágil.

La socialización en la primera infancia de Pepe revela una educación dentro de un contexto de familia normalizada sin antecedentes de conductas tipificadas penalmente o

---

autora, explicitadas y matizadas a lo largo de cientos de horas de conversación, (Fombuena, 2000, 2003; García Vilaplana, 2002)

<sup>3</sup> Minuchin, S. (1994) Familias y terapia familiar, Gedisa. Barcelona, Pág. 90. “La claridad de los límites en el interior de una familia constituye un parámetro útil para la evaluación de su funcionamiento. Algunas familias se vuelcan hacia sí mismas para desarrollar su propio microcosmos, con un incremento consecuente de comunicación y de preocupación entre los miembros de la familia. Como producto de ello, la distancia disminuye y los límites se esfuman. La diferenciación del sistema familiar se hace difusa. Un sistema de este tipo puede sobrecargarse y carecer de los recursos necesarios para adaptarse y cambiar bajo circunstancias de stress. Otras familias se desarrollan con límites muy rígidos. La comunicación entre los subsistemas es difícil, y las funciones protectoras de la familia se ven así perjudicadas. Estos dos extremos del funcionamiento de los límites son designados como aglutinamiento y desligamiento.”

consumos de drogas. Su tío materno tuvo cargos políticos en una pequeña localidad. El periodo de escolarización de Pepe transcurre con las dificultades propias de una persona con una inteligencia límite. Obtenido el Graduado Escolar se matricula en Formación Profesional, rama administrativa.

En la adolescencia, transición a la vida adulta e ingreso en el mundo del trabajo, su tío facilita la inserción laboral mediante diversas ocupaciones en tareas de mantenimiento de jardines en el Ayuntamiento de un pequeño municipio.

El mundo de las drogas le llama poderosamente la atención, la ausencia de límites claros en su vida, hace que Pepe se deslice por una pendiente de consumos y pequeños delitos. El freno lo pondrá la cárcel. Inmerso en esta dinámica, no tuvo capacidad para relativizar estas experiencias vitales.

La cárcel se interpuso en su vida; Pepe cumplió una condena de cinco años por pequeños delitos contra la propiedad. Lo conocimos cuando llevaba la mitad de la condena, estaba en el hospital penitenciario de Picassent. Había pasado por diferentes cárceles, sin adaptarse nunca a la vida en el patio, un medio en el que no se manejaba bien, solía tener conflictos con los compañeros y él llevaba siempre la peor parte. Finalmente aterrizó en el ala de psiquiatría, un entorno protegido en el que las relaciones eran menos complicadas. Allí tenía identidad propia y un grupo de compañeros que lo apreciaban. Su madre continuaba apostando por él, “no es mal muchacho” solía decir, “siempre son las amistades las que lo llevan al desastre. Tiene un gran corazón, no hay maldad en las cosas que hace”. La dirección del centro no compartía esa visión. Las instituciones son rígidas, los cambios son lentos, nada garantiza el sentido del mismo, la sustitución en la dirección de un centro penitenciario es una posibilidad de entrada de aire fresco. El hospital perdió ese resquicio de libertad cuando se produjo el relevo en la cúpula de mando. Todos perdimos: el Consejo de Dirección, la Junta de tratamiento, el equipo técnico, la unidad docente, los servicios médicos, las asociaciones que interveníamos en el medio, y los grandes damnificados como es habitual fueron las personas presas y Pepe entre ellos.

La organización perdió frescura, todo atisbo de decisiones compartidas se fue al garete, el consenso pertenecía al pasado, el órgano de decisión se tornó unipersonal, incluso físicamente la directora del establecimiento adoptó una imagen marcial. Los presos *soto voce* bautizaron el nuevo estilo con un mote definitivo: “Cruela de Ville” regía sus destinos. Se trataba de una forma poco comprometida de subvertir el sistema, era divertido observar como los propios trabajadores de la institución asfixiados por el escaso margen de maniobra que les otorgaba la directora propagaban el nombre asignado, era una válvula de escape del inmenso *estrés* generado por los cambios.

Pepe sufrió este nuevo estado de cosas, perdió el poco aprecio que pudiera tener por parte de la institución, su madre continuó haciendo el esfuerzo de visitarlo regularmente, se desplazaba desde su lejana residencia en coche, solicitaba entrevistas con la trabajadora social y con la directora, llamaba semanalmente al equipo de tratamiento y atendía a Pepe, lo escuchaba, le enviaba dinero y se interesaba por su situación penitenciaria.

¿Qué posibilidades de intervención teníamos como asociación? Bueno, entrevistamos a Pepe y le ofrecimos integrarse en un pequeño taller de entrenamiento en habilidades sociales que acabábamos de ofrecer a la institución. (¡Cuántas dudas genero el proyecto!, ¿debíamos colaborar con la institución?, siempre habíamos mantenido una cierta distancia con la cárcel, entendíamos que era competencia suya facilitar actividades terapéuticas. Se

impuso el realismo, la institución carecía de psiquiatra en plantilla, los psicólogos dependían de subvenciones externas y sus contratos eran temporales e irregulares, todo ello en un hospital con un ala destinada a personas con enfermedades mentales graves, en ocasiones sin diagnóstico preciso, con pautas de medicación que a simple vista parecían poco adecuadas, normalmente por exceso, las personas estaban permanentemente sedadas, se mantenían los tratamientos por periodos dilatados en el tiempo, la imagen era la de calderas, ollas a presión alimentadas constantemente donde nadie sabía muy bien qué efectos podía producir el exceso de combustible o cuanto resistirían la estructura sometida a fuerzas tan dispares).

Siempre es saludable una cierta apertura, la entrada de oxígeno desde el exterior; así creamos un espacio en el que la gente pudo expresarse, dibujar, contar, sentirse valorado como persona, manifestar alguna habilidad, emitir sonidos con mano y boca siguiendo melodías, imitar personajes famosos, bromear, charlar y jugar; si además discutían acaloradamente situaciones que les planteaban dilemas morales, cooperaban para resolver conflictos o esbozaban tarjetas de navidad que expresaban el dolor profundo de la enfermedad y la cárcel, sentíamos que había valido la pena la contradicción íntimamente ligada a la asociación de descreer profundamente en la capacidad de la cárcel para resolver problemas y nuestra necesidad de intervenir en el interior.

Pepe asistía al taller con interés relativo, siempre y cuando no estuviera ocupado con sus otros “negocios”, conseguir un poco de costo, vender o comprar algo de ropa, construir una maquina de tatuaje o convencer a alguien para dejarse hacer un grabado sobre la piel.

Había un sentido utilitarista en la asistencia, suponía que participar en actividades facilitaría el acceso a los beneficios penitenciarios que pudieran corresponderle, permisos de salida, tercer grado y libertad condicional. Conseguirlo fue una cuestión de tiempo y de vencer la resistencia de la dirección de la prisión. Un día le concedieron el ansiado permiso que debía disfrutar en el albergue *Espai* de la asociación, al tratarse de una persona con una enfermedad mental, las garantías exigidas fueron excepcionales, debía tener supervisión las veinticuatro horas del día, nosotros estábamos acostumbrados, pero debíamos convencer a Pepe de que las condiciones impuestas por la cárcel eran innegociables. Así lo hicimos, unos días antes de su salida recibimos una llamada de teléfono sorprendente, se trataba de la madre de Pepe que con emoción contenida expresaba su sorpresa e incredulidad por la concesión de un permiso de salida a su hijo. Además nos hacía una petición hermosa, nos preguntaba si podía venir al albergue y dormir con su hijo, nos gustó la idea, aunque la recondujimos, le ofrecimos como alternativa que pasará gran parte del tiempo con Pepe pero buscará una pensión donde dormir. Sabíamos que la relación de Pepe y su madre era compleja, construida sobre el eje de la sobreprotección y una cierta infantilización, con códigos cargados de ambigüedad. Conocerlos nos ayudaría a introducir pequeños cambios.

Pepe salió muchos permisos con nosotros, siempre lo acompañó su madre, que en ocasiones provocaba situaciones hilarantes, como aquella en que preguntó a Carmen si le faltaban dos dedos de la mano derecha y ésta con enorme seriedad y algo de sorna le contestó que no sólo había perdido esos dos dedos sino también el antebrazo izquierdo. Llegamos a apreciar a esa mujer mayor, elegante y bondadosa que nos agasajaba con platos típicos de su tierra. Que a duras penas nos entendía, pero que jamás faltó a su cita con Pepe, que se desenvolvía con inconsciente naturalidad en un entorno violento y recriminaba a Pepe la mayor parte de sus acciones convirtiéndolo en un adolescente perpetuo.

En la cárcel algunas cosas suceden con un orden previsible, tras los permisos de segundo grado viene la posibilidad de progresar a tercer grado y después la libertad condicional. *Ambit* decidió que valía la pena que Pepe cumpliera la última parte de la condena en libertad y avalamos la misma. El problema era que la lógica de la intervención y el tiempo de espera de las resoluciones judiciales no coincide y en este caso se cruzaron con consecuencias trágicas.

Los últimos permisos de Pepe no fueron todo lo bien que cabría esperar. Los disfrutó en la vivienda tutelada para enfermos mentales que acababa de abrir la asociación y pronto se convirtió en un elemento perturbador de las normas de convivencia en la casa. A diferencia de lo que sucedía en el albergue, aquí era un líder poderoso con capacidad para arrastrar a personas más frágiles o débiles. Aprovechaba cualquier resquicio para pequeños consumos de drogas y cada pequeña tarea debía ser negociada de forma ardua. Nos replanteamos el aval de libertad condicional y fue una decisión compleja, con un enorme coste emocional la retirada del mismo. Hicimos un pequeño informe en el que explicábamos la decisión adoptada y lo enviamos al Centro Penitenciario.

Mes y medio después, contra todo pronóstico, inesperadamente, a las cuatro de la tarde el subdirector de tratamiento nos comunicó que había llegado la libertad condicional de Pepe y debíamos recogerlo. Estupendo, justo al revés de lo planificado, debíamos acoger a una persona a la que previamente habíamos retirado el aval y debíamos evitar que lo supiera. A pesar de todos los riesgos creo que en el fondo nos alegró la noticia. Decidimos acoger a Pepe en el albergue *espai*, un lugar con mayor margen de maniobra, un entorno más duro y con personas menos vulnerables a la capacidad de seducción de Pepe.

Los primeros días en la casa transcurrieron con una mezcla de emoción contenida y miedo a la libertad. Naturalmente se puso en contacto con su madre que vino a visitarlo y acordaron verse en Valencia cada quince días.

De lo abstracto a lo concreto, tras la salida de la cárcel, Pepe consiguió:

Garantizar el acceso a unos recursos económicos que permitan unos cuidados adecuados (subsidio de excarcelación).

Acudir con normalidad a las citas en la Unidad de Conductas Adictivas.

Integrarse en el Centro de Día *Hedra*.

Aceptar un control de las tomas de medicación.

Aceptar normas de convivencia y de vida cotidiana

Buscar intereses nuevos, inscribirse en un curso de guitarra de periodicidad semanal.

Los principales sorprendidos del cambio de actitud de Pepe fuimos los profesionales de la *Asociación Ambit*, ni siquiera las hipótesis más optimistas podían predecir una integración a la velocidad que se había produciendo.

Seguíamos teniendo dificultades para activar el deseo de Pepe. Las tareas eran fuente de conflicto, encontrar una actividad en la que ocupar el tiempo libre era difícil. Normalmente prefería vagabundear por la ciudad dejando transcurrir las horas. A veces tenía problemas y volvía asustado y nervioso tras ser agredido en el barrio chino. Siempre nos contaba que su actitud había sido protectora de alguien más débil, una mujer, un compañero de la cárcel,...

En otras ocasiones bebía, invitado por algún grupo de jóvenes o fumaba algunos porros al calor de una tertulia improvisada en un banco del primer jardín que veía.

Coincidió en la casa con dos adultos que adoptaron un rol de autoridad que Pepe aceptó con naturalidad. Fran y Voro eran buenos referentes. El primero representaba el equilibrio tras una condena larga de prisión. El segundo era la vida adulta de un padre de familia, la estabilidad de un trabajador, el sentido común, la implicación en las tareas de vida cotidiana de un hombre que en un contexto distinto sería excluido. Ambos le recordaban su compromiso con el resto de compañeros de la casa. Al intervenir ellos la negociación con Pepe era mucho más fluida.

Tres meses después de la salida de Pepe, la cárcel volvió a interponerse en su vida. El informe que realizamos en su día, decidiendo no acoger a Pepe en libertad condicional, había seguido su lento curso y cinco meses después la Jueza de Vigilancia Penitenciaria dictó un auto de revocación de la libertad. Cuanto dolor innecesario, cuanto sufrimiento inútil provocó esa decisión. Nuevamente estábamos atrapados por lógicas distintas y mensajes contrapuestos. Teníamos que darle a Pepe una noticia terrible, debía volver a la cárcel a pesar del enorme esfuerzo que estaba realizando. No era fácil de entender. Tuvimos que explicar a Pepe las circunstancias que habían motivado el informe en el que se basaba la jueza para la revocación y cómo la lenta maquinaria de la justicia tardaba meses en tomar una decisión, que ahora se revelaba tardía, inútil y contraproducente para la intervención.

Debíamos mantener abiertos los cauces que permitiesen mantener la relación con Pepe y protegerlo, pero él tenía que tomar una decisión compleja. Su primera reacción fue de incompreensión, “esto no es justo, por qué me sucede a mí?”, después de negación “no voy a presentarme”, ansiedad miedo y angustia. Tardó tres días en comprender que no tenía demasiadas posibilidades de huir de la realidad, de vivir con una orden de búsqueda y captura sobre sus espaldas. Le acompañamos a la cárcel, conscientes del enorme fracaso que representaba la medida.

El regreso al medio significó un retroceso significativo en la evolución de Pepe. La directora de la prisión no entendió las circunstancias por las que volvía, impidiendo toda posibilidad de acceso nuevamente a beneficios penitenciarios. La respuesta de Pepe fue entrar en una depresión profunda y en el abandono físico. Se refugió en el mundo del tatuaje. No se reincorporó al taller de habilidades sociales de *Ambit*. Las noticias que nos llegaban de la prisión eran preocupantes, Pepe adoptó una estética neopunki con extrañas mezclas de ángel del infierno y tatuajes acordes.

Quedaba un resquicio, la intervención jurídica, nos pusimos en contacto con E., una abogada que colabora voluntariamente con la asociación y le expusimos el caso. Recurrió el auto del juez y notificó a Pepe y a su madre las actuaciones que pensaba llevar a cabo.

Cuatro meses después de presentado el recurso, inesperadamente la jueza dictó un nuevo auto de libertad. Cuanta emoción pusimos en el reencuentro, en mayo del 2002 se instaló en el albergue. Rápidamente lo visitó su madre que le acompañó a la peluquería de *El Corte Inglés* para tratar de arreglar el estropicio producido en la cárcel. Lo que no tenía solución era la enorme y tosca cruz gamada que destacaba sobre el brazo izquierdo, de la que se sentía orgulloso, inconsciente de la carga simbólica negativa que representaba.

Teníamos algunas cosas ganadas en esta segunda oportunidad, Pepe nos conocía, aunque habíamos fracasado en el primer intento de apoyar la libertad condicional, continuamos haciendo una apuesta arriesgada.

“Nunca se sabe de antemano como alguien llega a aprender”, no sabemos bien qué circunstancias activaron el deseo de Pepe, lo real fue que realizó un esfuerzo para poner

límites a su propia vida. El mensaje fue que modificando algunas cosas de tu vida esta mejorará. Pepe siempre tuvo empleos protegidos, nunca se enfrentó al mercado laboral sin ese cuidado. Necesitaba encontrar alguna actividad que lo vinculara a la vida y que no le permitiese deslizarse por la vida muelle y vagabunda que tanto le atraía. Pero debía conectar con algún foco de interés propio y tenía que ser desarrollada por personas capaces de expresar un enorme cariño incluso en circunstancias difíciles.

Encontrar el lugar adecuado fue producto de una afortunada carambola, se produjo un hueco en un curso de jardinería organizado por otra asociación y admitieron a Pepe. Monitores, psicólogos y terapeutas tenían la competencia necesaria para trabajar con personas con enfermedad mental y eran sensibles a los cambios en el estado de ánimo, avisándonos con frecuencia de lo que percibían. A veces eran llamadas de atención dramáticas que activaban todas las alarmas, como cuando Pepe comentó con la psicóloga que tenía miedo, que empezaba a oír voces que le pedían que matará a su madre e hiciera otras barbaridades. Nos pusimos en contacto con la Unidad de salud Mental y el psiquiatra que atendía a Pepe, tras evaluarlo, nos comentó que la medicación que estaba tomando Pepe era adecuada y no pensaba que estuviera en una fase prodrómica de la enfermedad. Nosotros no habíamos advertido ninguno de los síntomas que describían en *Albanta*, seguimos con atención la evolución de Pepe, con la tranquilidad que otorga que un profesional en el que confiábamos enormemente hubiera evaluado el riesgo.

La enfermedad mental en ocasiones se manifiesta así, otras es puesta de relieve mediante un bajísimo tono vital, que puede producir décimas de fiebre durante varios días, a veces es difícil determinar cuando la febrícula es producto de consumos de drogas y cuando es una defensa del organismo. De vez en cuando llamábamos al médico de urgencias que recomendaba analgésicos y reposo.

Pepe encontró un compañero ideal en casa, casi su *alter ego* o su socio perfecto, también era joven, un adolescente grande que había pasado los últimos ocho años de su vida en la cárcel y expresaba un deseo profundo de cambio que hizo que nos decidiéramos a acogerlo en el albergue. Los antecedentes familiares de Dani eran menos amables que los de Pepe. La historia familiar es una sucesión de patrones que se repite generacionalmente. A su padre lo mataron a puñaladas en el año 83 en la cárcel modelo de Barcelona, cuando él tenía seis años. Su madre, que también había estado en la cárcel, murió en 1992. Sus dos hermanos varones están o han estado encarcelados y su hermana fue adicta a la heroína. Gran parte de su infancia transcurrió entre acogimientos por parte de la familia extensa, instituciones y familias educadoras, ya que su madre salió de la cárcel cuando él contaba siete años.

Pasó su primera infancia dentro de un contexto de familia aglutinada con límites difusos entre sus miembros. Su madre se casó con el abuelo paterno y de este primer matrimonio nacieron los hermanastros de Dani. Posteriormente se separaron, casándose la madre con el hijo del abuelo de Dani, padre de éste.

Los recuerdos de sus hermanos están teñidos de violencia, malos tratos, conductas desordenadas, etc.

Durante su adolescencia, Dani tuvo su primer ingreso en prisión. Previamente cometió una serie de pequeños delitos, consumo de drogas y actos violentos que él explica motivados por la ira que sentía contra el mundo por la dureza de su vida familiar y la muerte de su madre.



Dani empezó a consumir drogas a los once años (hipnóticos y barbitúricos, anfetaminas, benzodiacepinas, heroína y finalmente cocaína). Tiene detectada hepatitis C desde el año 1997. Tiene antecedentes de enfermedad mental en su familia. En el pasado tuvo varios intentos de suicidio. Está en tratamiento con metadona. Desde su salida de prisión, en 2002, es atendido en la unidad de salud mental por problemas de impulsividad e inestabilidad emocional que parecen formar parte de un trastorno límite de la personalidad, con previsión de cronicidad.

Dani pasó años fundamentales del proceso de socialización en un ambiente familiar inadecuado y posteriormente en uno de los medios más hostiles que existen para el desarrollo de una persona. Ingresó en prisión a los dieciocho años y ha permanecido allí hasta los veinticinco. Fue excarcelado en junio de 2002 y empezó a vivir en el albergue *Espai* de la *Asociación Àmbit*. Solicitó apoyo para introducir cambios en su vida, intentando pilotarla, reconducirla.

Dani y Pepe se reconocieron de inmediato y formaron una alianza estratégica que recordaba la fusión de dos compañeros de la infancia, capaces de mil confianzas, interesados el uno en el otro, solidarios en los pequeños trapicheos y una sola voz en los momentos de tensión en la casa. Nadie se escuchaba mejor, ni estaba unido por un lazo tan fuerte como el mutuo interés por las cosas que hacía el otro. Eran dos tipos divertidos, con cierta inconsciente alegría que no media muy bien las consecuencias de sus actos, así en ocasiones pasaban varios días refugiados en casa atemorizados por una reyerta con un grupo de jóvenes del barrio de *Nazaret*, en las que rompieron un casco de botella de cerveza y la utilizaron para defenderse.

Dani inició de esta forma un proceso de cambio, difícil y en ocasiones doloroso. Intentamos conseguir que adquiriese ciertos hábitos laborales y sociales, mediante intervenciones a medio plazo. Le urgía ganar algo de dinero y consiguió trabajo en la reforma de un comercio en el barrio. Fue espectacular hacer frente a la obligación de acudir a la cita a la hora convenida, las ocho de la mañana, elegantemente vestido. Trabajó de peón dos días seguidos con enorme intensidad, el tercero una lumbalgia lo dejó postrado, acudió al servicio de urgencias y le recomendaron reposo. El maestro de obras lo comprendió y le dijo que descansara, que no se preocupara, cuando se recuperara podría volver al trabajo. Era fácil imaginarlo trabajando esforzadamente, mientras los compañeros movían la cabeza incrédulos y le recomendaban un poco de tranquilidad.

Dani era excesivo en casi todo lo que emprendía, argumentaba infatigablemente venciendo a su oponente por cansancio físico, siempre plegado a una verborrea extenuante.

Después del verano, Dani se incorporó en un curso de reciclaje desarrollado por la asociación *Jóvenes solidarios*, continuaba realizando esfuerzos para poner límites a su vida, todavía no manejaba cantidades significativas de dinero, estaba pendiente del cobro del subsidio de excarcelación. A pesar de todo nos llegaban noticias inquietantes, en ocasiones la policía lo detenía y pasaba una noche en comisaría. Pedía dinero en la calle, amedrentando a grupos de jóvenes que naturalmente le daban todo lo que llevaban encima. Esporádicamente consumía drogas, coca o pastillas mezcladas con alcohol. Continuaba respetando la institución que lo había acogido, pero el ambiente en la casa se enturbiaba, cuando desatendía sus obligaciones.

Sabíamos que era una cuestión de tiempo que se saltara todos los frenos que se había ido imponiendo, el primer cobro del subsidio fue demoledor, el dinero apenas le duró dos

días, inició una espiral de consumos que concluyó abruptamente por la falta de liquidez. Revaluamos con Dani su interés por vivir con nosotros y renovó su compromiso, alargando la secuencia un mes más. Entonces, en unas horas agotó todo el dinero del subsidio. Le ofrecimos apoyarlo desde fuera del albergue, podíamos continuar recogiendo la metadona si quería, era una forma de mantener un cierto lazo con nosotros y aceptó. Tres días después nos dijo que prefería “buscarse la vida” y acudir él al dispensario de metadona. Las siguientes noticias que tuvimos de Dani, fueron encuentros casuales, apariciones fulgurantes y un deterioro rápido de su salud, adelgazó mucho, continuó consumiendo cocaína y se mantuvo en la calle cuatro meses. Hace unas semanas ingresó nuevamente en prisión

La protección de Pepe fue de otro tipo. A pesar de que fue diagnosticado en 2001, desde los servicios médicos del Hospital Penitenciario de Picasent de “trastorno límite de la personalidad, adicción a opiáceos, esquizofrenia de tipo residual, hepatopatía y posee un coeficiente intelectual límite”, siempre ha tenido un entorno que le ha proporcionado seguridad.

La transición al municipio de origen fue un proceso delicado, coríamos el riesgo de que abandonase, dejándose arrastrar a la *vida muelle*. La relación de Pepe con su madre es en cierto modo complicada, porque a esta última le resulta difícil poner límites a algunas exigencias de Pepe. Desde la Asociación Àmbit pensamos que ambos necesitan apoyo para construir una relación más sana, que les permita crecer. Necesitan consensuar con realismo qué cosas puede hacer Pepe en estos momentos, sin prisas y sin expectativas desmesuradas. Probablemente un trabajo normalizado es una posibilidad irreal y habría que ayudar a buscar un camino intermedio contando con los recursos disponibles. Desde noviembre de 2002, cuando cumplió la condicional, despidiéndose de nosotros, nos llegan noticias de una convivencia compleja, de desánimo y abatimiento de la madre, que no encuentra apoyos institucionales que la ayuden en su relación con Pepe. Sólo nos queda alargar la secuencia y permanecer atentos, formular hipótesis de lo que puede suceder en el futuro.

Todas las personas necesitamos en mayor o menor medida crear lazos, establecer alianzas con la vida. Dani y Pepe lo consiguieron fugazmente durante la breve estancia del primero en el albergue. Pero este tenue vínculo se disolvió al aparecer una atracción más poderosa.

Sería hermoso soñar el reencuentro futuro de estos dos personajes, en el que cada uno regalase al otro algo insoportablemente leve, cálido como esa corriente eléctrica que nos recorre silenciosamente en presencia de un amigo, del primer amor, de un hermano...

Volviendo a la lista inicial, me viene a la cabeza una escena de la película *Dersu Uzala*, de Akira Kurosawa, que narra el encuentro entre un cazador siberiano y un cartógrafo del ejército ruso. Ambos personajes vienen de dos mundos extraordinariamente lejanos, con códigos de conducta ininteligibles fuera de su contexto vital. Sus rasgos son extrañamente opuestos, la condición física los hace distintos, la edad también los separa abismalmente, uno está instalado en la vida adulta, el otro camina hacia el final de su existencia. Sólo comparten su humanidad y el deseo de ver más allá de las apariencias, de indagar que hay de profundamente humano en el otro. En un momento dado, el capitán se pierde en la taiga realizando mediciones, no es consciente del sol que se desvanece y sin él la muerte se cierne sobre los dos, a pesar del temor de Dersu que respetuosamente permanece en un segundo plano impaciente ante la incompetencia de su amigo. Cuando está a punto de anochecer reprende al oficial y le urge para improvisar un refugio donde guarecerse.

La vida les va en ello, pero la comprensión de Dersu es de otro orden. El capitán trabaja y se fatiga alentado por Dersu que constantemente le anima a seguir adelante recogiendo gavillas de hierba con las que formar un lecho en el que enterrarse. Cuando el militar extenuado se derrumba, Dersu continua apilando espigas alrededor del cuerpo, sólo cuando no quedan briznas de hierba que recoger da por concluido el trabajo. Así finalmente conserva el calor de los dos hombres durante la noche. De esa índole es la fatiga que produce el acompañamiento a las personas desde el Trabajo social. De ahí la dificultad de realizarlo desde entornos muy burocratizados donde los clientes, a pesar de las declaraciones de intenciones tienen una importancia muy secundaria para las instituciones poderosas. De ahí las razones de contar con miradas limpias, con personas que aporten frescura, vitalidad, vidas ricas, personas capaces de proponer y comprometerse a ensayar soluciones nuevas frente a las dificultades de los usuarios de servicios sociales para asumir su propia vida cotidiana. Pero esto que es bueno en si mismo, como todas las cosas buenas también encierra un peligro en forma de crisis de identidad, pesimismo, apertura de un paréntesis, retirada de la acción, abandono del campo temporal o definitivo con un coste personal y social enorme. Cuando algo de esto sucede el resultado viene descrito por la imagen de una estrella desterrada<sup>4</sup>.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALIENA, R. (1998) *Adelaida Martínez y el honor de la pobreza*, Fundación La Caixa, Barcelona.
- FOMBUENA, J. (1992): “La intervención en trabajo social desde la base: una mirada y una posición”, en *Revista de Servicios sociales y Política social*, pp. 25-32, nº 27, 3er trimestre 1992, Madrid.
- FOMBUENA, J. (1999): “Para tocar nuevamente el elefante de la mano de R. Aliena: Adelaida Martínez y el honor de la pobreza”, *Revista de Servicios sociales y Política social*, pp. 145-153, nº 47, 3er. Trimestre 1999, Madrid.
- FOMBUENA, J. (2000): “Pureza y mestizaje en trabajo social” en *Revista de Treball Social*, Nº 158, juny 2000, pp. 83-148, Madrid.
- FOMBUENA, J. (2003): “Trabajo Social Polivalente”, En Fombuena, J. “Justicia familiar e intervención social con personas presas y expresas”, Asociación Àmbit, Valencia.
- GARCÍA, A Y SENENT, F (2000): “Ensinofogamiento de mil y una voces presas. Siete años de trabajo social con hombres y mujeres privados de libertad. La experiencia de la Asociación Àmbit de Valencia”. IX Congreso Estatal de Diplomados en Trabajo social y asistentes sociales, La Coruña.
- GARCÍA, A. (2002): “Tres relatos, tres acompañamientos, tres intervenciones con hombres y mujeres privados de libertad: un naufrago, una soñadora y un corazón ardiente. Tres miradas, tres músicas posibles, tres deseos”. *Revista de servicios sociales y política social*, 58: 97-109. Madrid
- HOWE, D. (1999): “Modernidad, Post-modernidad y Trabajo social” en
- SALCEDO, D. (comp.) (1999): *Los valores en la práctica del trabajo social*, Narcea editores, Madrid.
- MCCARTHY, C (2002): *Todos los hermosos caballos*. Debate, Madrid

<sup>4</sup> El País, 16/2/2005. Una estrella acelerada se escapa de la vía láctea

- MCCARTHY, C (2002): *En la frontera*. Debate, Madrid
- MCCARTHY, C (2002): *Ciudades de la llanura*. Debate, Madrid
- MINUCHIN, S. (1977): *Familias y terapia familiar*, Gedisa, Barcelona.
- MENDEZ-BONITO, P (1986): “El trabajo social en sociedades complejas en el contexto de una modernidad en crisis”. VIII Congreso Estatal de Diplomados en trabajo social y asistentes sociales, Sevilla, 1996.
- SACKS, O. (2002): *Un antropólogo en Marte*. Anagrama. Barcelona
- SACKS, O. (2002): *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*. Anagrama. Barcelona
- SENNETT, R (2003): *El respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*. Anagrama. Barcelona
- SHEM, S (1998): *La casa de Dios*. Anagrama. Barcelona.
- WALZER, S (1993): *Las esferas de la justicia*. FCE.